Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



El Camino de Santiago

Miguel Cortés Arrese

87

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-8089-1997

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



En portada, detalle de un Santiago peregrino. Izquierda, representación barroca de un Santiago *matamoros* (Museo de Santiago, La Antigua, Guatemala)



Fachada del Obradoiro, catedral de Santiago de Compostela

El Camino de Santiago

Miguel Cortés Arrese
Profesor Titular de Historia del Arte. Universidad de Castilla-La Mancha

Fue a comienzos del siglo IX, nos cuenta el *Cronicón Iriense,* cuando algunos fieles empezaron a percibir luces extrañas durante la noche en una parte del castro sobre el que se asentaría Compostela. También un anacoreta, Pelayo, que vivía en el lugar entregado a la oración y la penitencia.

Puesto el hecho en conocimiento de Teodomiro, obispo de la sede de Iria, no tardó éste en personarse en el escenario de los hechos. Siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, recomendó y practicó él mismo un ayuno de tres días y, al final del mismo, se dispuso a investigar la causa de aquel suceso tan extraordinario. Se limpió de maleza el lugar y comenzaron las excavaciones.

Descubrimiento de la tumba del Apóstol

Lo que aconteció después lo cuenta López Ferreiro del siguiente modo: *Comienzan a sacar ladrillos, trozos de mármol, sillares de granito, hasta que al fin dan con los muros de un pequeño monumento perfectamente labrado; con creciente afán y empeño siguen descombrando y dejan descubierto el edificio y el embaldosado que lo rodea. Allí pudieron notar dos sepulturas cubiertas con baldosas de ladrillos; pero ¿qué era lo que contenía el edificio? La puerta estaría probablemente tapiada. A una indicación del prelado la franquean, y el venerable Teodomiro penetra y ve un altar, y al pie del altar, una losa sepulcral rodeada de un pavimento de mosaico. Hace levantar la losa y aparece un cadáver, que, a juzgar sólo por el sitio donde se halla, debajo de un altar, no podía menos de ser un santo, y de un gran santo. Reconoce, registra, repasa todo el sepulcro, todos los objetos que en él se hallan, examina la bóveda, las paredes, quizás decoradas con pinturas, y todos los rincones del monumento, se fija en la lámpara o lucerna que debió estar cerca del altar, y halla no ya indicios, sino pruebas evidentes de que el santo que yace allí sepultado es nada menos que el Apóstol Santiago, evangelizador de España. Esto lo movió, sin duda, a confrontar con los datos que se hallaban consignados en algunos de los códices que entonces habían de guardarse en Iria, las circunstancias del lugar y del hallazgo.*

Santiago el Mayor; el hijo de Salomé, el martirizado por Herodes el año 44 y cuyos restos habían sido trasladados por sus discípulos Atanasio y Teodoro desde Jaffa hasta Galicia, aquél que había de acudir en Clavijo en ayuda del vacilante ejército cristiano, *residía* en Compostela. En el futuro, pocas ciudades europeas habían de tener un destino tan singular: servir de punto de reencuentro espiritual a todos los pueblos de Europa porque, ante todo, era la ciudad del apóstol Santiago.

Teodomiro no tardó en comunicar la buena nueva al rey Alfonso II el Casto, quien, poco después, estaba postrado ante el sepulcro *con abundantes lágrimas y oraciones.* El papa León III, por su parte, anunciaría la gozosa noticia a todo el Orbe cristiano: se trataba del único apóstol enterrado en Occidente a excepción de san Pedro y san Pablo, martirizados en la misma Roma. El rey, entusiasmado por aquel prodigio, levantó allí la primera iglesia. Y así surgió un modesto edificio que quería ser catedral: tenía las paredes de *mampostería, asentada, no con cal, que estaba lejos, sino con barro, y cubriéronse con un sencillo artesonado.* Un complejo episcopal y monacal, perfectamente delimitado y separado del mundo exterior por un muro flanqueado por torres, protegería en adelante aquel santo lugar.

La noticia del descubrimiento de la tumba del Apóstol traspasó en poco tiempo los límites del reino de Asturias y de los Pirineos más tarde, vincu-

lándose el culto de la tumba del santo al destino de la cristiandad occidental. Fue, de todos modos, un proceso lento que comenzó en el siglo IX. En su segunda mitad, cuando las peregrinaciones aumentaron, la antigua iglesia quedó pequeña. Por eso el obispo Sisnado y Alfonso III iniciaron la construcción de un segundo recinto en los alrededores del año 890. La nueva iglesia, de tres naves y separada por columnas, albergaría el edificio con el altar de Santiago en el ábside central, siendo consagrada el 6 de mayo del 899. Otras edificaciones le acompañaron, entre ellas un hospital cercano al templo y anexo a la muralla, para pobres y peregrinos, al tiempo que pobladores de variada procedencia empezaron a instalarse en su entorno.

Los comienzos de la peregrinación

Es cierto que Santiago empezaba a convertirse en poderoso valedor de las luchas de los cristianos contra los moros y que se trataba de uno de los pocos apóstoles enterrados en suelo europeo; además, en esa época se levantaban las primeras edificaciones al servicio de su culto y con ello se ponían los cimientos de lo que había de ser la gran ciudad de Compostela. Pero todo esto no explica suficientemente el prolongado éxito que hizo del Camino de Santiago el peregrinaje por excelencia. No está de más recordar, por ejemplo, que ningún inglés desconocía el magnífico santuario de Tomás Beckett en Canterbury, ni los naturales del Norte de Francia eran ajenos a la ayuda espiritual de san Miguel y su gran abadía en la costa normanda. Por no hablar de Jerusalén o Roma.

Para entender el éxito de la peregrinación a Santiago hay que acudir en primer lugar al papel desempeñado por las monarquías y que fue decisivo. Los soberanos de Aragón y Navarra primero y Castilla después se esforzaron por atraer a sus dominios a gentes de otros países y en primer lugar, desde luego, a los más ricos y poderosos. Precisaban ayuda militar en la encarnizada lucha que estaban librando contra los moros. Necesitaban príncipes y sus escoltas de guerreros. Y emplearon todos los medios a su alcance para atraerlos: intercambios de presentes, política de matrimonios con los linajes de Francia y también, lo que se contaba de Santiago, esos favores que otorgaba el Apóstol si uno iba a visitar su sepulcro. A tenor de este atractivo hasta allí acudirían Gotescalco, obispo del Puy, el año 950, en unión de una importante comitiva; once años más tarde lo haría Raimundo II, marqués de Gothia, quien sería asesinado en el trayecto, y un siglo después visitaría la tumba del apóstol el arzobispo de Lyon. Son algunos de los visitantes ilustres más antiguos de los que tenemos noticia. También por esos años, a fines del siglo XI, se documenta ya la presencia en Santiago de un peregrino inglés.

Y además, al amparo de este impulso que hacía retroceder la línea de combate hacia el Sur, los soberanos hispanos necesitaron dinero e inmigrantes para repoblar las tierras conquistadas. Entonces se preocuparon por favorecer no sólo la afluencia de los nobles, sino también del pueblo. Ampliaron el sistema de salvaguardia, concedieron privilegios fiscales, instauraron —asociado al viaje a Compostela— un conjunto de garantías cuyo efecto sobre la expansión de la circulación fue tan estimulante como lo sería más tarde en las ferias de Champaña.

Los asentamientos de los primeros francos

Cuchilleros, carniceros, curtidores o peleteros fueron llegando de más allá de los Pirineos para instalarse a lo largo del Camino y formar en las ciudades y villas sus propios barrios. Así ocurrió en Jaca, a partir del año 1077, cuando el rey Sancho Ramírez amplió las libertades de sus pobladores. El propósito del rey era crear una ciudad libre, poblada de gentes no sometidas a los *malos usos* señoriales. El rey, al otorgar nuevo fuero a Jaca, elevó a la villa al rango de ciudad, con las consecuencias jurídicas derivadas de esta modificación de su categoría. Con buen criterio, el propio rey fijaría allí la nueva sede episcopal, levantando la nueva catedral.

En Jaca se estableció la tabla de recaudación de los aranceles de aduanas



El obispo Teodomiro descubre los restos del apóstol Santiago (miniatura, Tumbos de Compostela)

y tránsito que se cobraba a los mercaderes que iban o venían a Francia, constituyéndose la ciudad en un encuentro comercial en el que no tenían una importancia menor los cambistas. Por lo demás, el aumento de peregrinos a Santiago la convirtieron en ciudad-etapa, tal como nos detalla Aymeric Picaud; para atender esta demanda fue necesario construir hospederías y hospitales y dotarlos adecuadamente.

A Jaca acudieron pues médicos, cirujanos y hosteleros, además de comerciantes de todo tipo y peregrinos; muchos de aquéllos procedían de la parte suroccidental de las Galias, singularmente de las regiones de Toulouse y Montpellier y de los condados de Bearn y Bigorra. Fueron convocados por el rey con el señuelo de un derecho municipal privilegiado, muy superior al vigente a la sazón en las tierras circundantes; a partir de ahora podrían adquirir propiedades mediante la *prescripción de día y año,* se les aseguraba la protección de su casa mediante el pago de una multa a su dueño por aquel que la invadiera, se les garantizaba jurisdicción propia al comparecer ante un tribunal formado por sus propias autoridades y dentro de Jaca e incluso quedaba sin pena la cohabitación sin matrimonio si ambas partes estaban de acuerdo: así se hacía más atractivo el asentamiento de los pobladores varones.

No es de extrañar, en consecuencia, indica Lacarra, que a fines del siglo XI pasasen por Jaca géneros y monedas procedentes tanto de Al-Andalus como de los territorios ultrapuertos. Así fue cómo a principios del siglo XII surgieron tres burgos nuevos, dos de ellos intramuros —Barrio de San Nicolás y Población de Sancho Banzón— y un tercero fuera de las murallas que recibió la denominación de Burgnou y contaba con parroquia propia dedicada a Santa María, aunque no quedaba lejos de la magnífica catedral de San Pedro.

De este modo, el pequeño castro dependiente del dominio real que Ramiro I había recibido de su padre en el primer tercio del siglo XI, cercano al Somport y a la Canal de Berdún, se transformó cien años más tarde en una importante ciudad con mayoría de francos. Eran tan numerosos que, cuando en 1137, se hizo un recuento de vecinos, de las 500-600 personas que vivían en Jaca, tan sólo en un 15% eran hijos de padre y madre aragoneses.

Estella, ciudad francesa

No menos interesante es el caso de Estella, fundada por Sancho Ramírez el año 1090 con el propósito de que sirviese como lugar de descanso en la larga etapa que mediaba entre la capital del reino y los límites de Castilla. Con estas palabras lo explicaría el monarca: *Querían los monjes de San Juan* —de la Peña— *hacer la población de francos en aquel su término de Sarapuz, en el camino de Santiago, y yo quería mudar dicho camino por Lizarra y hacer aquí un castillo y población de francos.*

Contaba el rey con la positiva experiencia de Jaca, pero su propósito perjudicaba los intereses de los monjes; fue necesario por ello compensarles del siguiente modo: *Les dije que me consistieran de buena voluntad el hacer la población, que yo les daría la décima parte de todas la cosas que Dios, por su misericordia, se dignase otorgarme.*

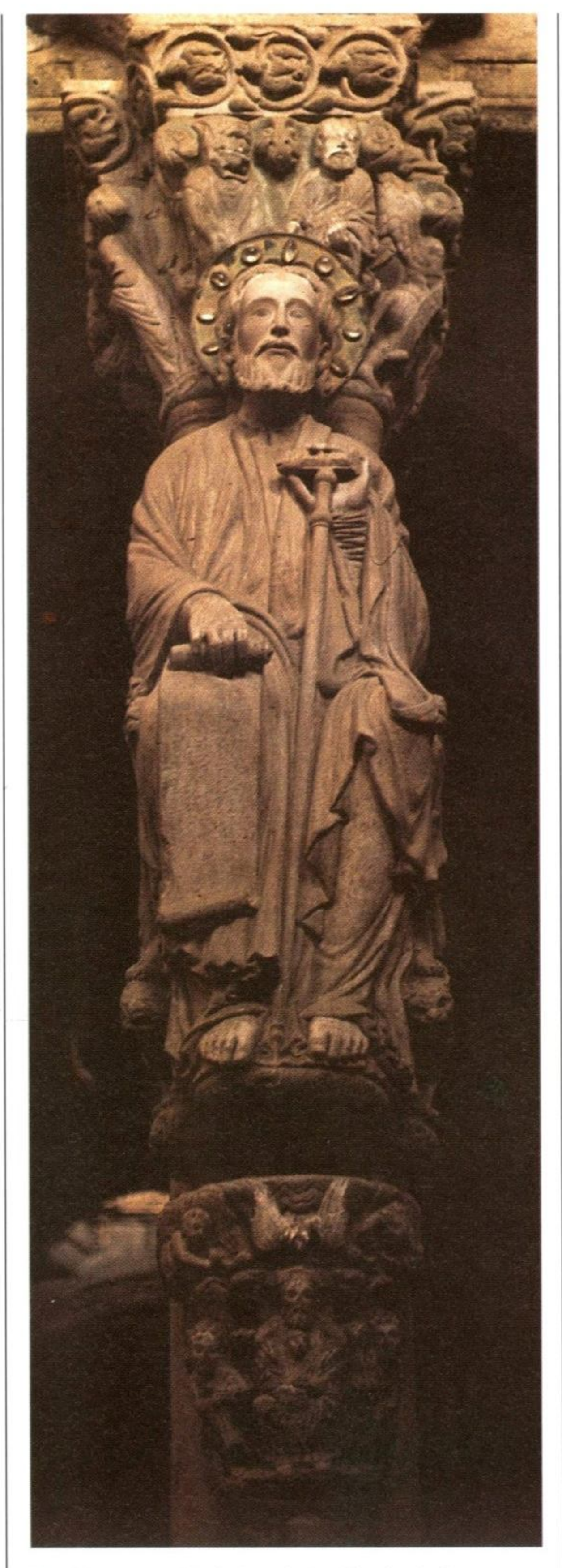
Así fue como el gran Sancho Ramírez se salió con la suya y fundó Estella no muy lejos de la antigua Lizarra: a unos quinientos metros y a la orilla derecha del río Ega, en una franja estrecha embutida entre el río y un cerro empinado. El burgo inicial, reservado a los francos, creció pronto y contaba con mercado ya en el año 1164. En 1187 se permitiría el asentamiento de gentes de cualquier procedencia y a fines del siglo XII adquirió el perfil que conservaría durante siglos. Para entonces los asentamientos se habían extendido al otro lado del río y se habían consolidado los barrios de San Miguel y San Juan. Las diversas entidades acabarían fundiéndose en un solo municipio en 1266.

Una proporción grande de lemosines y naturales de las villas y ciudades situadas a lo largo de la jacobea Vía Podiense, hicieron de Estella un importante núcleo comercial, tan próspero que pasó a ser una de las tres aglomeraciones más pobladas de Navarra, cabeza de las merindades del reino y sede frecuente de los soberanos y las Cortes en la Edad Media. Juan II, consciente de su importancia, le concedería dos ferias anuales —1463— y la princesa Leonor, mercado semanal, franco de toda imposición, en 1467. En cualquier caso, Estella permaneció tan francesa que todavía en el siglo XIV sus establecimientos eran denominados en su lengua de origen y sus devociones seguían dirigiéndose a san Martín o a Notre-Dame de Rocamadour.

Los edificios, imágenes y reliquias que nos legaron sus habitantes son el mejor exponente de su prosperidad: San Pedro de la Rúa, San Miguel Arcángel, el palacio de los Reyes de Navarra... también de sus querencias religiosas. La imagen de Nuestra Señora del Puy, patrona de Estella, lo ilustra muy bien. Había desde antiguo una imagen de la Virgen, denominada Notre-Dame d'Anis, llamada del Puy, que gozaba de gran predicamento entre los naturales de la Auvernia. No debe extrañarnos, por tanto, que cuando fue hallada una imagen de la Virgen en tierras estellesas los inmigrantes francos le diesen el nombre y la advocación de la de su lugar de origen; es, por lo demás, un ejemplo bellísimo de escultura gótica —h. 1300/1320 — en la que la influencia francesa, de tipo cortesano, se suaviza hasta humanizarse entrañablemente, en rasgos y actitudes. Las restauraciones sufridas, antiguas —1886— y recientes —1944— no han limitado su encanto, patente en las fisonomías y en la elegancia de los ropajes, en palabras de María del Carmen Lacarra.

Y no solo franceses, sino también alemanes, ingleses, catalanes o lombardos se expandieron también por Logroño, Burgos, Sahagún o León. En Santiago mismo la actividad comercial se desarrollaba en torno a la vía francígena. Implantación laboriosa y próspera pero, a veces, no exenta de dificultades.

Resulta revelador, indica José Luis Martín, el caso de Sahagún, pues sus condiciones iniciales no eran especialmente atractivas: allí radicaba la casa principal de los cluniacenses en tierras



Santiago, en el Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago

hispanas y su poderío era de tal magnitud que llegó a tener sometidos, entre monasterios y prioratos, más de cincuenta, viéndose ocupadas, al tiempo, las sillas de varias diócesis por monjes salidos de sus celdas. No hubo de sorprender a sus contemporáneos que, por medio del fuero, el abad quisiera disponer de todos los bienes raíces de la población, disfrutase del monopolio del molino, ejerciera el control absoluto del monte y los habitantes del lugar hubieran de reconocer el señorío de los monjes hasta sobre sus mismas viviendas, mediante el pago de un censo.

Estos obstáculos no impidieron que a Sahagún acudiesen gentes de las más variadas procedencias: bretones, gascones, borgoñones, normandos... dedicados a los más diversos oficios: herreros, carpinteros, sastres... que alentaron la prosperidad de la villa y dieron muestras de un notable carácter reivindicativo: su búsqueda de nuevos derechos y libertades se había de prolongar, al menos, hasta el siglo XIII. Eran levantiscos e intratables, matiza Vinayo, que dieron muchos quebraderos de cabeza al abad y, a veces, se la quebraron de veras. La exclaustración no haría sino ratificar este aserto.

Lejanos estaban entonces los tiempos en los que el abad don Bernardo fundó el burgo en 1085 al amparo del monasterio, junto al Camino y no lejos del puente sobre el río Cea; fue el punto de partida de un asentamiento lineal que había de alcanzar un kilómetro de longitud, dando acogida a leoneses, judíos y francos, con los moros en barrio aparte y adoptando la villa una trama más compleja cuando la población aumentó. Llegaría a convertirse Sahagún en uno de los centros más activos y gloriosos del Camino; no es de extrañar, por tanto que ya en tiempos de Alfonso VI el abad don Julián erigiese un hospital dotado con sesenta camas con el fin de *hospedar y recibir a los pobres, darles de comer, hacerles las camas y curarles cuando caían enfermos.* Así fue como al amparo de la peregrinación este jardín florido con el asta de las lanzas de los guerreros de Carlomagno, según el relato del obispo Turpín, este sepulcro de los legionarios romanos Facundo y Primitivo, este cenobio reformado de Cluny, vió crecer un burgo próspero donde los peregrinos de más allá de los Pirineos encontraron siempre un ambiente familiar.

Los resultados de la formación de estos barrios y ciudades y la actividad de sus habitantes fueron extraordinarios: los poblados agrícolas y los castros defensivos de comienzos del siglo XI se transformaron dos siglos más tarde, como indica José Luis Martín, en ciudades o villas con una demografía en expansión, en centros comarcales... que ofrecían una variada gama de servicios; como consecuencia de ello, constituyeron uno de los focos más completos y activos de la Península.

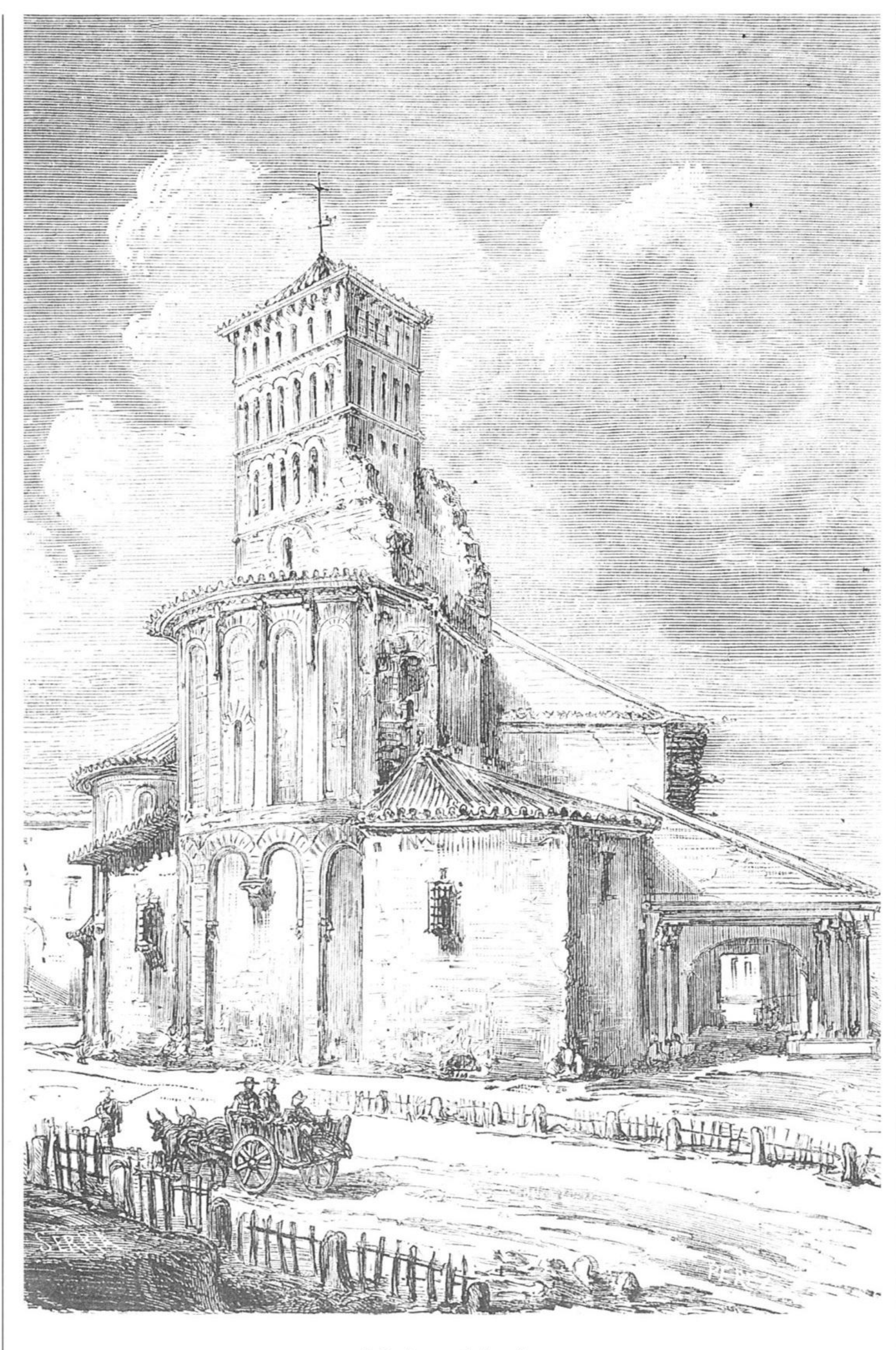
El apoyo de la Orden de Cluny

Ahora bien, los esfuerzos del poder temporal para utilizar en su provecho el prestigio de Santiago no habrían tenido tanto éxito si no los hubiera apoyado el poder espiritual. La Iglesia fue el agente publicitario más eficaz del peregrinaje. Y el papel principal correspondió a las congregaciones monásticas, agrupaciones fuertemente centralizadas que extendían su influencia por todo el espacio europeo. Y correspondió, sobre todo, a la congregación más prestigiosa, encabezada por la abadía de Cluny, centro de esta especie de red de influencias que reivindicaba a finales del siglo XI la herencia cultural del Imperio Romano y cuyo jefe, el padre abad del gran monasterio borgoñón, había de ser uno de los propagandistas más convencidos de la peregrinación compostelana. Así cabe entender la magnífica compilación del Liber Sancti Jacobi *Codex Calixtinus,* estrechamente relacionada con el apóstol Santiago, y justificable únicamente al socaire del gran acontecimiento medieval de la la peregrinación; ha sido fechado en el siglo XII, en torno a 1132, cuando el tránsito a Santiago había alcanzado ya un gran relieve.

De ahí que el libro I no descuide el rigor de los oficios litúrgicos del culto al santo; el II incluya 22 milagros suyos; el III detalle el traslado de su cuerpo desde Jerusalén a Galicia y el lugar de su sepulcro; el IV se ocupe de la estancia en España de Carlomagno: el primero de los francos y el más añorado y el V, finalmente, ofrezca una guía práctica para los peregrinos transpirenaicos que se aventurasen por el *Camino francés,* el camino por tierra más importante de todos los que conducían hasta las reliquias del santo.

Se trata del primer libro de viaje jacobeo que ha llegado hasta nosotros de entre los 74 relatos de peregrinos a Compostela que se pueden contabilizar hasta el siglo XVIII. Un texto admirable, mezcla de relato de viaje y libro de consejas morales, que ofrecía a los caminantes tanto la indicación de las cuatro vías principales que por Francia llevaban hasta el Pirineo, como el perfil de las localidades por donde se pasaba, los ríos que se cruzaban, la condición buena o mala de sus aguas... e incluso las cualidades de sus gentes. De este modo describe a los castellanos: *pasados los Montes de Oca, hacia Burgos, sigue la tierra de los españoles, a saber, Castilla y Campos. Esta tierra está llena de tesoros, abunda en oro y plata, telas y fortísimos caballos, y es fértil en pan, vino, carne, pescado, leche y miel. Sin embargo, carece de árboles y está llena de hombres malos y viciosos.* Mejor opinión tiene de los gallegos, que *se acomodan más perfectamente que las demás poblaciones españolas de atrasadas costumbres, a nuestro pueblo galo,* aunque los trate de *iracundos y muy litigiosos.*

Su autor, Aymeric Picaud, habla, en todo caso, de manera entusiasta de Santiago y su catedral; a ella dedica tres de los once capítulos del libro: tal vez quería justificar de este modo y ante los ojos de los peregrinos el penoso camino que debían superar antes de llegar a Compostela y postrarse ante el venerado cuerpo del Apóstol: *En la referida y venerable catedral yace honoríficamente según se dice el venerado cuerpo de Santiago, guardado en un arca de mármol, en un excelente sepulcro abovedado, trabajado admirablemente y de conveniente amplitud, bajo el altar mayor, que se levanta en su honor. Y también se considera que este cuerpo es inamovible, según testimonio de san Teodomiro, obispo de la misma ciudad, quien en otro tiempo lo descubrió y en modo alguno pudo moverlo. Ruborícense los envidiosos trasmontanos, que dicen poseer algo de él o reliquias suyas. Pues allí está entero el cuerpo del Apóstol, divinamente iluminado con paradisíacos carbunclos, constantemente honrado con fragantes y divinos aromas y adornado con refulgentes cirios celestiales y diligentemente festejado con presentes angélicos.*



Iglesia románica de
San Tirso de Sahagún
(dibujo de *La Ilustración Española y Americana*, 1871)

La iglesia de Santiago era realmente extraordinaria y no había de sorprender a los peregrinos la minuciosa descripción de su arquitectura, sus portadas y los objetos preciosos que poseía. Sin embargo, cuando Jerónimo Münzer la visitó en 1494 la admiración por la ciudad había desaparecido: *No es grande; pero sí antigua, y está fortificada con una muy vieja muralla y numerosas y sólidas torres. El campo es bueno y los huertecillos de la ciudad están rebosantes de naranjos, limoneros, manzanos, ciruelos y otros frutales. Pero la gente es tan sucia —tiene muchos puercos que se venden muy baratos— y tan perezosa, que no se preocupa lo más mínimo del cultivo de la tierra, y vive, por lo general de las ganancias de los peregrinos.* De todas maneras sigue alabando la catedral, aunque le llama más la atención por su robustez que por su belleza, describiéndola personalmente y haciendo uso del mismo *Calixtino*. El comentario sobre Compostela de Claude Bronseval, cisterciense, que pasó por allí en 1522, no pudo ser más desolador: *Es pequeña, de edificios bajos, rodeada de murallas viejas, cubiertas de hiedra, poco resistentes y ya en ruinas.*

En realidad, indica Yarza, Münzer y, sobre todo, Bronseval, no hacían sino reflejar la decadencia de las peregrinaciones a Santiago y la marcha atrás de la ciudad a partir del siglo XIII: se acabaría convirtiendo otra vez en un *Finis Terrae* al margen de las grandes rutas. Ni la actividad de los dos obispos Fonseca ni la construcción del gran Hospital Real por parte de los Reyes Católicos paliaron la situación. Habría que esperar a fechas posteriores y a situaciones nuevas que la despertasen de su letargo para que se revistiese de un nuevo manto arquitectónico, sobre todo en el Barroco, manto que le proporcionará su fisonomía casi definitiva hasta nuestros días.

También los viajeros de los tiempos del Barroco fueron sensibles al cambio de religiosidad, a la necesidad de expresar personalmente lo que suponía ahora el Camino. Nadie, probablemente, lo manifestó mejor que Domenico Laffi, clérigo boloñés que fue tres veces a Santiago y escribió las siguientes palabras al término de su segundo viaje en 1673: *Seguimos adelante* —tras dejar Vilaroz— *hasta que encontramos una fuente donde poder refrescarnos, y nos arreglamos bien, cambiando los hábitos, porque sabíamos que estábamos cerca de Santiago. Al partir de aquella fuente caminamos por espacio de media legua llegando al alto de un montecillo que se llama Monte del Gozo desde donde contemplamos el tan suspirado y ansiado Santiago, que quedaba distante como a una legua. Descubierto así de pronto, caímos de hinojos, y fue tanta la alegría que saltaron las lágrimas de nuestros ojos y comenzamos a cantar el Te Deum, pero sólo dos o tres versos pues no pudimos seguir porque no éramos capaces de articular palabra, por la abundancia de llanto que brotaba de nuestros ojos y la emoción que apretaba nuestro corazón y los continuos sollozos, que nos hicieron detener el canto. Al fin, desahogados del llanto, que había cesado, volvimos a seguir el Te Deum y así cantando continuamos descendiendo hasta que llegamos a la ciudad que es hermosa y grande, donde se construye de continuo. Pasado el Burgo llegamos a la puerta.*

Pero volviendo a los primeros tiempos de la peregrinación es evidente, indica Duby, que su éxito siguió de cerca al momento en que la congregación cluniacense se extendió por la península Ibérica, el momento en que se anudó la alianza entre Cluny y el rey de Castilla, en que las costumbres de Cluny se adoptan en las grandes abadías del Norte de España. Cluny aporta el soporte ideológico y su red de filiales ofrece toda una cadena de postas a través de la cual pudo canalizarse el flujo de peregrinos, orientado hacia ciertos recorridos a quienes alcanzó su propaganda.

Hubo, por lo demás, otro aspecto que vino a añadirse a los anteriores; y éste fue la presencia de gente dispuesta a dejarse atrapar por el fenómeno del peregrinaje. Fue en el siglo XII cuando los movimientos conjugados del vigoroso empuje demográfico y el crecimiento económico que arrastró al conjunto de la civilización hicieron esta sociedad cada vez más fluida y la persona se liberó poco a poco de las obligaciones comunitarias, de las solidaridades imperativas. Con el surgimiento de la persona, el peregrinaje ya no era sólo la búsqueda del milagro a la sombra de los restos del cuerpo del santo, sino que se convirtió en algo mucho más complejo.



Santiago combate en las filas cristianas durante la guerra de Granada (por Juan de Flandes, pintura al óleo del año 1500, Museo Lázaro Galdiano, Madrid)

Peregrinos de toda clase y condición

Sabido es que a lo largo de los caminos que llevaban a Santiago transitaron personas de toda índole y condición: peregrinos por condena judicial o canónica, juglares, pordioseros, vagabundos, espías, aventureros, prófugos... Toda una humanidad en movimiento que, de un modo u otro, usufructuaba los servicios y estructuras del peregrinaje, que vivía del peregrinaje y en el peregrinaje se enmascaraba. Nada tiene de extraño, pues, que la piadosa exhortación a dar comida y posada a los peregrinos sea con frecuencia pasada por alto por los desconfiados lugareños. Quizá por eso, la popular *Guía del Peregrino* ofrece varios relatos morales sobre el particular y las consecuencias que puede entrañar para aquellos que no satisfagan las necesidades de los romeros.

Ahora bien, la imagen del peregrino está bien definida en textos litúrgicos y testamentos, memoriales o estatutos de hospitales y a ella se adecúa la mayoría de los viajeros. Los textos nos indican que, ante todo, se va a Santiago *pietatis causa.* El peregrino siente una especie de atadura personal con el santo protector y en un momento de su vida advierte la incontenible necesidad de llegar al lugar donde reposan sus restos, donde es posible estar más cerca de él. Es el caso de aquel obispo griego, Esteban, que el siglo XII abandona todo, llega a Santiago y obtiene permiso para poder vivir en continua oración, vigilia y ayuno en la misma catedral, en una pequeña choza de juncos construída al efecto. O el de Fazio de Cremona, que hace la ruta dieciocho veces. Estos, junto a san Francisco de Asís, santa Brígida de Suecia y tantos hombres y mujeres de fe que se van sucediendo con el paso de los años, arrastrarán todo tipo de peligros guiados, señala Cauccit, por la devoción y la búsqueda de una relación personal con Santiago.

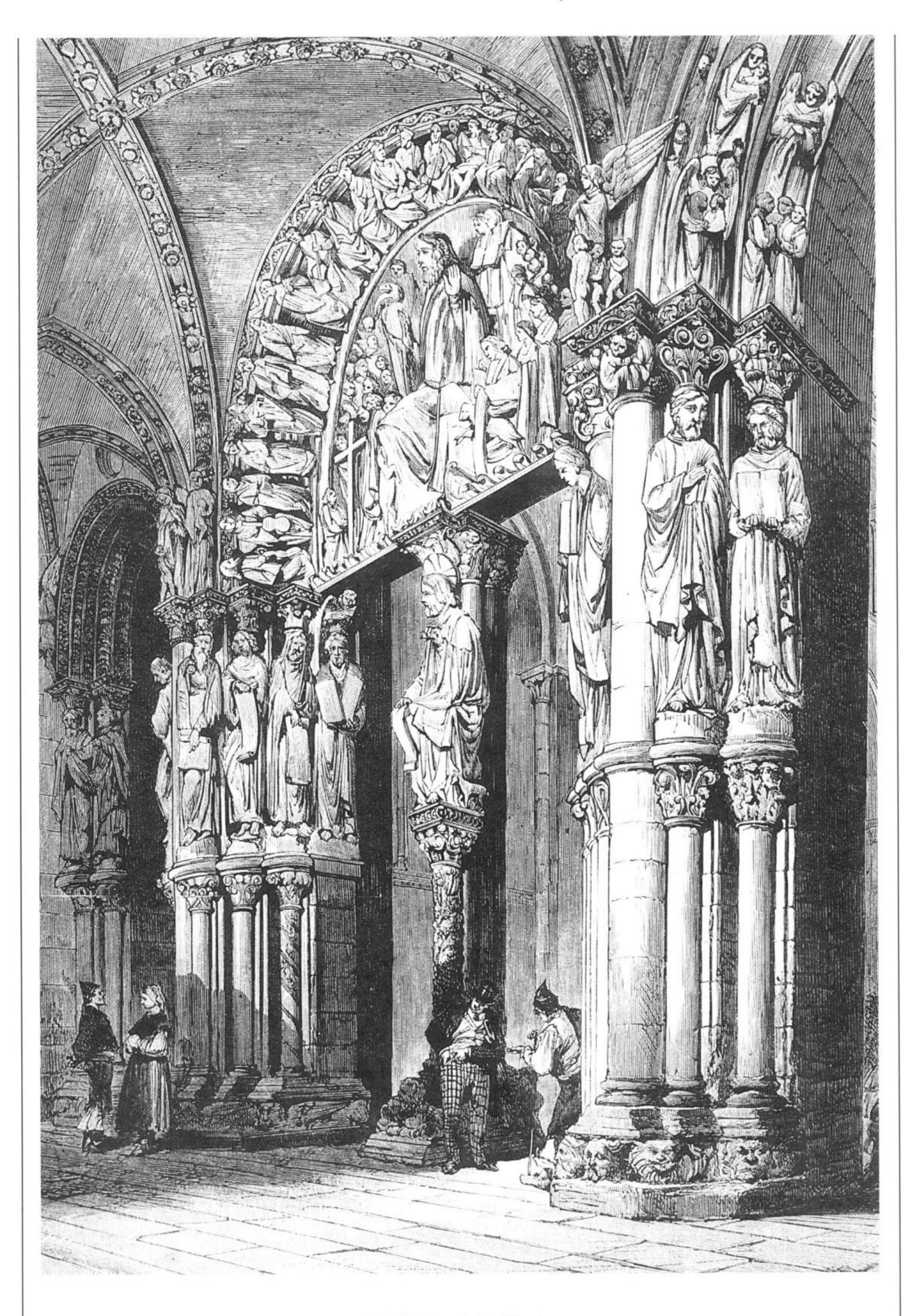
Para estos peregrinos la institución del Jubileo sería un poderoso acicate. Se debió al papa Calixto II, quien desde 1122 posibilitó que todos aquellos viajeros devotos que se pusieran en camino en Año Santo, esto es cuando la festividad del Apóstol —25 de julio— cayese en domingo, y cumpliesen los requisitos venturosos de la peregrinación, se verían, liberados de casi todos sus pecados. Esta iniciativa alentaría de tal modo la vocación viajera a Santiago que pasarían de 200.000 los peregrinos que, en dichas circunstancias, hicieran el recorrido anualmente a lo largo del siglo XII.

Y junto al culto a Santiago, el Camino se pobló de santos secundarios que comenzaron a despertar devociones complementarias en los fieles. Fue el caso de santo Domingo en La Calzada, de los santos Facundo y Primitivo en Sahagún o de san Isidoro en León, recomendados por el *Codex* y que poblaron la ruta de reliquias que alentaban espiritualmente a los fatigados romeros a la espera del encuentro con Santiago. Otros ejemplos podrían ser añadidos.

Es también frecuente la *peregrinatio pro voto.* Tras haber salido con bien de alguna difícil situación, se cumple la promesa yendo a Santiago. Es lo que le sucedió a Hugues de Pierrefout, obispo de Lieja: tras vencer en la reñida batalla de Sleppes, no olvidó su voto y se hizo al camino en diciembre de 1215.

Los enfermos se habían de sumar igualmente al cortejo, ya sea porque se habían curado después de una promesa o bien porque buscaban la curación en aquel lugar. Hay pasaportes que testimonian su presencia, como el que le dan en Saverne, en 1560, a un afectado por el mal de San Marcelo —la gangrena— o el que le dan en Sélestat, en 1518, a un tal Paulus Sybenburguer, peletero epiléptico, recomendado a los hospicios y a todas las autoridades del Camino.

No faltaron tampoco los peregrinos *in poenam,* los que hacían la peregrinación como castigo, impuesto bien por la autoridad eclesiástica o por los jueces civiles. Ya en 1150 el Concilio de Clermont-Ferrand previó como castigo para los incendiarios el viaje a Jerusalén o a Santiago: allí debían permanecer un año al servicio de las autoridades religiosas. Treinta años más tarde esta solución sería adoptada por Federico I Barbarroja y después extendida a los delitos de homicidio y asesinato. Gozó de tal predicamento que en siglo XIV, en los estatutos municipales de Lieja, se especificaba toda una serie de santuarios, más o menos lejanos, a los que se condenaba a los reos en función de la gravedad de sus penas; natural-



**El Pórtico de la Gloria
a finales del siglo XIX
(dibujo de
La Ilustración Española y Americana)**

mente las más graves obligaban a ir a Jerusalén, Roma o Compostela: así ocurrió en 1391 cuando un violento conflicto entre los mercaderes flamencos y la Hansa se resolvió a favor de esta última obligando a los primeros a enviar dieciséis peregrinos a Roma, otros tantos a Compostela y únicamente cuatro a Tierra Santa. Claro que, a veces, el cumplimiento de la pena podia evitarse mediante el pago de una cantidad previamente establecida y algunos de los condenados no regresaban a sus lugares de origen; se pensaba, en todo caso, que los posibles beneficios espirituales que reportaba la peregrinación de los así condenados recaerían sobre la comunidad que los había reconocido culpables o sobre los que habían sido sus víctimas.

Los falsos peregrinos

Pero también se va a Santiago por dinero. Es frecuente la figura del peregrino por delegación o encargo de otros. Así, en diciembre de 1456, el Consejo de la ciudad de Barcelona decidía enviar dos peregrinos a Compostela con el objeto de implorar el auxilio del santo para que cesase una peste que afectaba gravemente a la ciudad. Lo mismo se haría en 1458, 1483 y 1507. De este modo el peregrinaje se convertirá para algunos en un verdadero oficio. Este es el caso de Juan de Acre que en un acta de la Corte de París, en 1313, figura bajo la calificación de *buscador de perdones.*

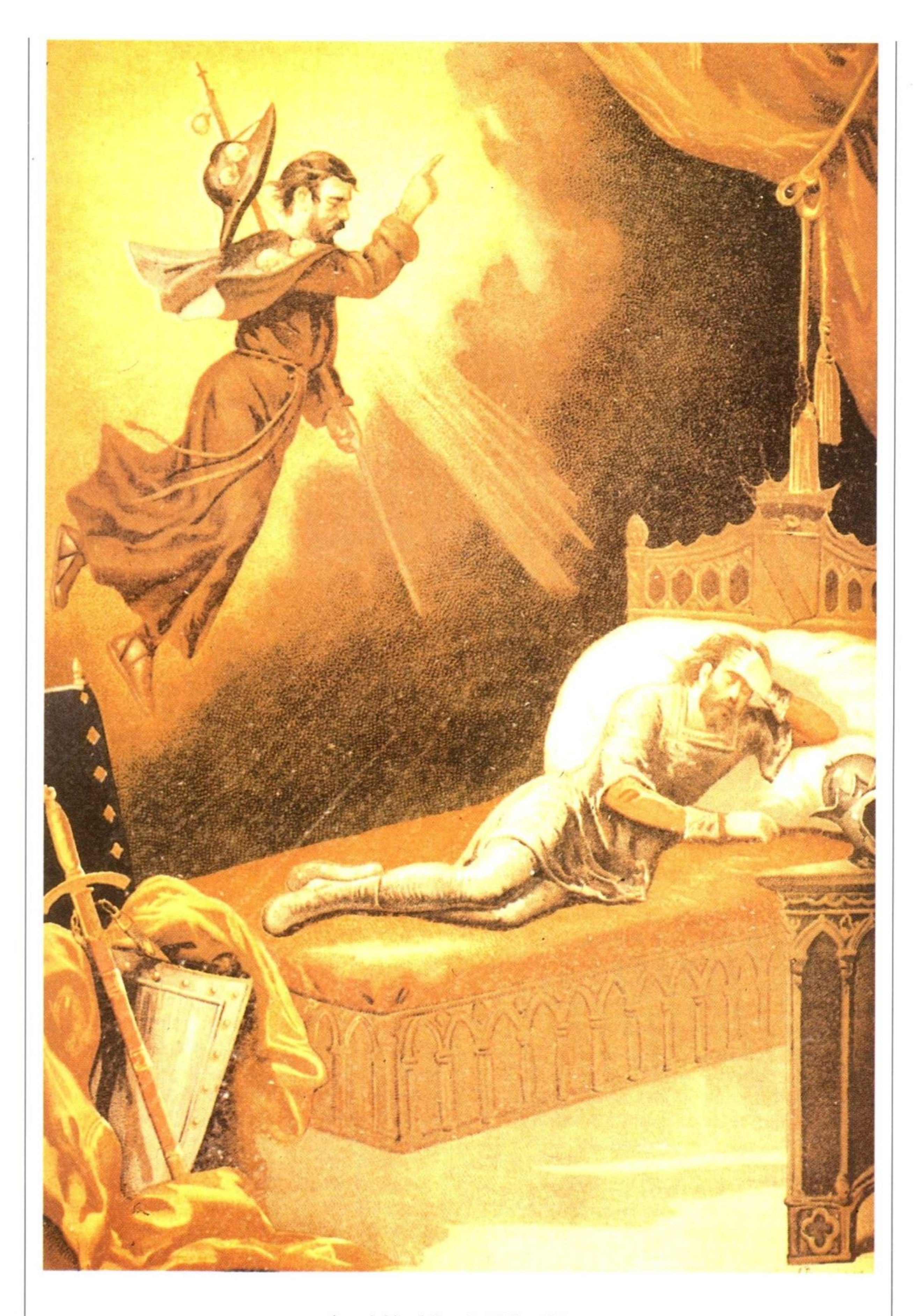
Podía darse la posibilidad de que el peregrinaje fuese una condición impuesta en una claúsula testamentaria, imprescindible para poder acceder a la herencia. Así ocurrió con Gaillarde Mormer, viuda de Jean Désangles de Vic-Fazesanc, quien otorgó testamento el 25 de julio, día de Santiago, del año jubilar de 1417: legó catorce florines de oro de Francia para una peregrinación a Compostela que se habría de llevar a cabo en el plazo de dos años por sus herederos o por quien ellos designasen. Podía suceder, sin embargo, que el viaje se aplazase obligando, incluso, al testador a variar de criterio. Eso tuvo que hacer Bernardo de Albret quien había ordenado a sus hijos en 1341 *hacer cinco peregrinaciones: una a Santiago, otra a San Mathurin, otra a San Mauro, otra a San Luis de Marsella y otra a Nuestra Señora de Valvert,* precisando que *esas peregrinaciones sean hechas por mis hijos, cada uno la suya si uno solo no puede hacerlas todas.* Tenía entonces doce hijos, siete de ellos varones; diecisiete años más tarde, en 1358, sus hijos eran tan solo nueve y las peregrinaciones estaban todavía por cumplir: ese mismo año otorgaba un nuevo testamento.

Y muy cerca de las motivaciones religiosas, entre las que no hay que olvidar el deseo de ganar indulgencias y la posibilidad de asistir a culquier hecho milagroso en el espacio sagrado del Camino, se encuentran aquéllos animados por el deseo y el placer de recorrer mundo. Devoción y curiosidad por conocer mundo serían una constante en el peregrino de todas las épocas.

Pero aquellos que en un momento determinado de su vida dejaban su familia y amigos para adentrarse en los peligros del Camino tenían que prepararse bien: ladrones, negociantes sin escrúpulos o herejes estaban al acecho. Además de los *vagamundos, olgazanes, valdíos, inútiles, enemigos de trabajos y del todo viciosos, que no son ni para Dios ni para el mundo.* Advenedizos de los cuatro puntos cardinales que, al decir del superior Huarte, eran *castigados y desterrados de sus propias tierras, los quales para encubrir sus malas vidas hechanse a cuestas media sotanilla y una esclabina, un zurrón a un lado, calabaza al otro, bordón en la mano y una socia con título fingido de casados y discurren por toda España, donde hallan la gente mas charitativa y por otras partes de la christiandad sin jamas acabar sus peregrinaciones, ni bolver a sus tierras o por haver sido açotados o desterrados dellas, o por ser conocidos por gente vahume. Esta clase se puede acrescentar con otros que andan toda la vida con título de captivos, engañando a las gentes con novelas de lo que padescieran en Argel, en Constantinopla, en Marruecos y en otras tierras de Turcos y Moros, fingiendo mil mentiras.*

Preparativos para la marcha

Además de ponerse en regla con la autoridad de la que se dependía y, llegado el caso, otorgar testamento, se hacía preciso obtener del sacerdote u obispo correspondiente un certificado,



Aparición del apóstol Santiago
a Ramiro I de Asturias, al que, según la leyenda,
exhortó a librar batalla contra los musulmanes en Clavijo
(litografía de la *Historia de España* de Morayta, siglo XIX)

una especie de pasaporte que le acreditaba como peregrino y le daba derecho a ser atendido en su recorrido.

Y a no ser que pensase vivir exclusivamente de la caridad, el peregrino debía proveerse a continuación del dinero necesario para hacer frente a los gastos de alojamiento y de la ruta —los peajes— sin olvidarse de las limosnas que acompañarían la visita a los santuarios. Por eso Aymeric Picaud, en su *Guía* del siglo XII, enumera las ciudades que tienen que atravesar *los peregrinos que vayan a Santiago para que, estando informados, prevean los gastos que les acarreará el viaje.* Por este motivo unos piden limosna y otros venden o empeñan lo que pueden hasta reunir la suma que se estima suficiente. Muchas veces las provisiones fallarán: Juan de Montbrison y su mujer serán arrestados a comienzos del siglo XV por el ejercicio ilegal de la medicina, tarea que desempeñan para pagarse los gastos del viaje.

No debían olvidar tampoco su indumentaria, que podía resultar su mejor salvaconducto para justificar en el trayecto su condición de peregrino. En ella no podían faltar la alforja ni el bordón, verdaderos atributos de los peregrinos. La alforja, esportilla o pera, se llevaba cruzada al pecho y contenía las provisiones, certificados y la cadena que como ofrenda se entregaría al santo. El bordón, una fuerte vara de madera de unos dos metros de alto con punta de hierro, ayudará a caminar cuando las fuerzas decaigan y servirá como arma defensiva y no sólo frente a las alimañas. Del bordón colgará una calabaza utilizada como depósito de agua o vino. E1 abrigo pardo, la esclavina y el sombrero, además de las insignias —entre ellas la concha o vieira— acabarán por identificar y preservar al peregrino. Y en el caso de las mujeres, además de las faldas, una pañoleta o capuz protegerá su cabello.

Precisamente la bendición de la alforja y el bordón es la última ceremonia celebrada antes de la partida,. ceremonia que tiene lugar en la iglesia y en presencia del sacerdote, familiares y amigos. Más tarde, todos le despiden emocionados en el atrio de la iglesia y el peregrino se une a la caravana de los que le esperan. En la cabeza, cuentan Barret y Gurgaud, alguien lanza el grito de adhesión y ánimo a los caminantes de Dios: *¡E ultreia! ¡E sus eia! ¡Deus aia nos! (¡Adelante! ¡Arriba! ¡Dios nos ayuda!).*

Ir en grupo era la manera de hacer más llevadero y seguro el camino; los días de nieve y tormenta eran los peores, como el paso de los ríos o el tránsito de las más temidas montañas, por no hablar de los que hacían el viaje por mar, de aquéllos que se embarcan en las islas Británicas y Escandinavia con destino al puerto de La Coruña: *Toda diversión han de olvidar / quienes se embarcan para ante Santiago orar,* señala un anónimo del siglo XV.

Pero la mayoría de los peregrinos va a pie y para el siglo XII la ruta por tierras francesas ha sido ya perfilada, tal como nos lo recuerda Aymeric Picaud; ilustra a los viajeros sobre los cuatro itinerarios que han de seguir y las localidades de mayor interés: *El primero pasa por Saint Gilles, Montpellier, Tolosa y Somport; el segundo, por Santa María del Puy, Santa Fe de Conques y San Pedro de Moissac; el tercero, por Santa María Magdalena de Vezelay, San Leonardo de Limoges y la ciudad de Périgueux; y el cuarto, por San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers, San Juan d'Angély, San Eutropio de Saintes y la ciudad de Burdeos.* Las tres últimas rutas se unían en Ostabat, Baja Navarra, traspasando los Pirineos por Ibañeta y Roncesvalles, mientras que la primera se enlazará con el camino navarro en Puente la Reina —en compañía del río Aragón— *formando desde allí un solo camino hasta Santiago: el Camino Francés.*

Intercambios artísticos en el Camino

La vía tolosana sería la más transitada en los primeros tiempos. Y tras superar el difícil Somport y reposar en el hospital de Santa Cristina, el curso del río Aragón ayudaría a los peregrinos a encontrar Jaca y su magnífica catedral, iniciada en torno a 1080 y admirada tanto por sus dimensiones como por la altura de sus bóvedas en la cabecera y transepto y el carácter áulico que desprenden sus muros, al ser obra pensada para permanecer de manera duradera.

Su planta basilical de tres naves, con cinco tramos, cabecera triple con ábsides semicirculares precedidos de



Santiago de Compostela a finales del siglo XIX (grabado de *La Ilustración Española y Americana*)

tramos abiertos a un transepto no acusado en planta pero sí en alzado, había de resultar familiar a los peregrinos que tuviesen la oportunidad de visitar también Santa María la Real de Sangüesa, emplazada en la margen izquierda del río citado, o San Martín de Frómista, ya en la Tierra de Campos. En este último caso, al ser una iglesia monástica de menor tamaño y de construcción unitaria sin aparentes interrupciones, se utilizaría para la cubierta de las naves bóveda de cañón con fajones. Soluciones semejantes se ofertaron inicialmente para San Isidoro de León. El empleo de piedra sillar como material constructivo y la importancia concedida a la decoración escultórica, tanto en capiteles como en ménsulas y en menor medida en los tímpanos, confirmarían los parentescos, precisa María del Carmen Lacarra.

No hay que olvidar en este sentido al escultor conocido como *Maestro de Jaca,* cuya actividad se ha de situar en la ciudad aragonesa en la primera fase de las obras de la catedral, es decir, antes de 1096. Se distingue por una acusada personalidad creativa, manifestada en el tratamiento del cuerpo humano, preferentemente desnudo, y en los pliegues de sus ropajes. Su estilo sería difundido por San Saturnino de Tolosa, San Isidoro de León y Santiago de Compostela con la ayuda de colaboradores y discípulos. Y en opinión del profesor Moralejo, su proceso de formación habría tenido lugar en San Martín de Frómista, en la campaña escultórica de la cabecera, marchando después a Jaca —en sentido contrario al de la ruta compostelana— en compañía de su evocador sentido de la belleza clásica.

La catedral de San Pedro de Jaca, al igual que San Martín de Frómista, fundado como monasterio por Doña Mayor en 1066, y la reformada iglesia de San Juan Bautista y San Pelayo de León, fueron levantadas en una etapa de floreciente actividad artística que no hizo sino causar la admiración de los peregrinos. Esta última cambió su advocación por la de San Isidoro cuando en 1063 acogió sus reliquias procedentes de Sevilla e incorporó en la década de los años setenta un cuerpo occidental adosado a los pies que había de acoger a veintitrés reyes y reinas de León, doce infantes y nueve condes. A finales del siglo XI, Doña Urraca ini-

ciaría la construcción de una nueva iglesia, más capaz y más rica que la primera, que sería consagrada por el rey Alfonso VII en 1149.

Para entonces San Isidoro se había convertido en el santuario más célebre de la peregrinación después de Santiago y su titular, en taumaturgo en toda clase de necesidades, incluso de las de los ejércitos leoneses. Fue nombrado patrono del antiguo Reino de León y su basílica, transformada en el foco radial de la espiritualidad isidoriana. Aquí confesaban los reyes, en pública penitencia, sus pecados, asistiendo milagrosamente a los devotos que oraban ante su sepulcro: así lo recogería el piadoso Lucas de Tuy en su *Libro de los Milagros*. San Isidoro y sus reliquias fueron la última esperanza para muchos leoneses y peregrinos en momentos de apuro llegándose, incluso, a sustanciar, conforme al Fuero Juzgo, los pleitos de mayor cuantía y trascendencia.

No es de extrañar, por tanto, que Aymeric Picaud recomendase visitar *el venerable cuerpo de San Isidoro* y Doña Urraca alentase la modificación del primitivo proyecto añadiéndole un transepto muy acusado en planta, *inspirado,* según Williams, en *el primer transepto saliente que se hizo en España, el de Santiago de Compostela, de hacia 1100.* Al mismo tiempo se abovedaron las naves, que se habían proyectado para recibir cubierta de madera, con bóveda de arista en los laterales y cañón con fajones en la central, lo que obligó a modificar los soportes existentes para darles mayor capacidad de resistencia. Y por lo que hace a sus portadas, dos de ellas, recuerda Bango, habían de tener una importancia trascendental: la primera, conocida como puerta del Cordero, está relacionada plásticamente con uno de los talleres escultóricos de Compostela; la otra, denominada del Perdón, es posterior en el tiempo, denunciando en su composición arquitectónica evidentes analogías con la puerta de Miègeville, de Toulouse.

La catedral de Santiago

En cualquier caso, ningún edificio, ni español ni europeo, había de alcanzar la perfección de la catedral románica de Santiago, hasta el punto de convertirse en el prototipo modélico de todos ellos.

Se iniciaron las obras en tiempos del obispo Diego Peláez —1069/1088— al tiempo que se lograba el traslado definitivo de la sede episcopal de Iria Flavia a Compostela. Hay dudas sobre lo realizado en esta etapa —Moralejo lo limita a las tres capillas que se abren en el hemiciclo de la girola con los lienzos del muro inmediato— pero sí se sabe que el impulso fundamental lo dio Diego Gelmírez —1100/1140—, de tal modo que en 1112 se procedía a la demolición de la basílica prerrománica, lo que suponía la conclusión de las obras del crucero, continuando las obras con buen ritmo hasta su final en 1122. Sólo en la segunda mitad del siglo XII, cuando el maestro Mateo le añadió el Pórtico de la Gloria, se acabó definitivamente la iglesia que, con sus nueve torres y almenas, a manera de ciudadela fortificada coronaba y dominaba la totalidad de la población que, con sus monasterios, iglesias, calles y plazas, constituía un conjunto orientado exclusivamente hacia el templo de Santiago. Fue la catedral románica, en última instancia, señala Bonet, la que con los aditamentos y reformas barrocas que la recubren casi por entero en el exterior y en el altar mayor, configuró la trama de la ciudad.

Rodeada de cuatro bellísimas plazas —del Obradoiro, de Platerías, de La Quintana y de Azabachería— a las cuales abre sus puertas principales, con sus pórticos esculpidos, la catedral resultaba de una monumentalidad grandiosa y magnificiente; con una superioridad expresa sobre sus parientes, conocidas con el nombre de *iglesias de peregrinación,* a las que se asocia: San Martín de Tours, San Marcial de Limoges y San Saturnino de Toulouse. Ello, precisa Bango, por ser el proyecto compostelano anterior en su concepción cronológica y por la calidad contrastada de su arquitectura; calidad que se aprecia no sólo en la realidad material de la construcción, con una concepción más monumental de las portadas, sino en el mismo bloque de conjunto donde los paramentos de sillares de Santiago no tienen parangón en la pobre ladrillería de San Saturnino. Superioridad que no pasó inadvertida al autor de la *Guía del Peregrino* y en la que tuvo buena parte de responsabilidad Diego Gelmírez, el



Portada románica de Las Platerías, en la fachada más antigua de la catedral de Santiago de Compostela

gran renovador dentro y fuera de la catedral, dentro y fuera de Compostela: ordenaría levantar o restaurar unas sesenta edificaciones, obras perdurables que le permitieron consolidar firmemente su memoria entre sus contemporáneos y los que les siguieron. La catedral, por si sola, cumpliría sobradamente este propósito.

El encuentro con el Apóstol

Los peregrinos que entraban en la ciudad por el camino francés lo hacían por la *Porta Francígena,* seguían por las Casas Reales y tomaban más tarde la calle de La Azabachería; dejaban atrás el Hospital de pobres que Gelmírez dotó y al que sustituiría el de los Reyes Católicos y después de bajar nueve escalones de piedra topaban con la famosa fuente de los Cuatro Leones que embellecía la entrada norte de la catedral. Era la puerta llamada de La Azabachería, el último obstáculo a salvar antes del encuentro con Santiago.

De buena hora, un clérigo de blanca cota almidonada indicaba a los romeros dónde debían echar el contenido de sus ofrendas. Y cada uno arrojaba al arcón según su devoción y posibles, junto con el memorial de encomiendas que traían de deudos y amigos. Entrada la mañana, una vez confesados, recibían la comunión en la capilla de la Corticela, levantada en el siglo IX y parroquia de extranjeros desde antiguo. Les leían después la nómina de indulgencias: por peregrinar, por encender candela en el Sepulcro, por la limosna depositada en el Arca de la Obra... también les recordaban que éstas aumentaban considerablemente si la peregrinación se hacía en Año Santo, institución que Alejandro III fijaría definitivamente en 1179.

Después de todo esto, subían por una escalera de madera, detrás del altar mayor, y abrazaban la imagen de Santiago; tomaban su corona con las manos y la colocaban sobre su cabeza mientras decían: *Amigo de Cristo, encomiéndame a Dios.* Con esta ceremonia se gana *una gran indulgencia* —señala Laffi— *porque no se puede tocar su cuerpo santo.* Con el tiempo la imagen de madera sería sustituida por una de oro y plata y la coronación, sustituida por la imposición a Santiago de la esclavina y sombrero de los peregrinos.

Admiraban más tarde el hacha *con la que fue cortada la cabeza a Santiago,* amarrada con una cadena de hierro para evitar que los romeros la sustrajesen y contemplaban igualmente su bordón, dispuesto delante del coro en el que cantaban los clérigos. Allí lo vio Manier y, afortunado él, lo pudo tocar por debajo. Fue el 2 de noviembre de 1726, el día de Difuntos, cuando después de confesarse en el hospital con un sacerdote francés fue a la catedral y comulgó en la capilla del Rey de Francia: dotada por Luis XI en el año 1447, estaba dedicada al Salvador y acogía los restos de san Fructuoso desde 1102. Allí recibió la *auténtica* o certificado de haber cumplido la peregrinación, *la Compostela,* por la que pagó dos sueldos.

Decía así: *Yo, D. Lucas Antonio de la Torre, canónigo de esta santa iglesia apostólica y metropolitana de Compostela, administrador de la fábrica, encargado por el ilustrísimo deán y por el cabildo del cuidado de la capilla de Su Majestad muy cristiana el rey de Francia establecida en esta iglesia, para asegurar la administración de sacramentos a todos los fieles y peregrinos venidos del mundo entero, sea por devoción, sea por cumplimiento de un voto, a la tumba del apóstol Santiago, único y especial patrón de las Españas, a todos quienes vieren las presentes cartas y a cada uno, hacemos saber: que Guillaume Manier, francés de nación caminando para Roma, ha visitado este muy santo santuario y que habiéndose confesado y obtenido la absolución, ha recibido bajo las especies eucarísticas el cuerpo de Nuestro Señor.*

Para dar fe de ello, le he entregado las presentes, firmadas con mi nombre y puesto el sello de esta santa iglesia.

Dado en Compostela, el segundo día de noviembre de 1726 de Nuestro Señor.

Yo, Damián Asenicado, canónico.

Siempre fue muy importante la obtención de *la Compostela* pues su presentación era indispensable para que los viajeros quedasen liberados de la pena, temporal o espiritual, que sobre ellos pesaba y que había sido conmutada por la romería a Santiago. Siempre fue considerada un tesoro que se transmitiría más tarde, con orgullo, de padres e hijos. No habían de encontrar mejor pasaporte ni para el mundo ni para la eternidad.

Por tierras de santo Domingo y de san Juan de Ortega

La Ruta Jacobea atravesaba La Rioja de Este a Oeste, todo lo recto que la topografía lo permitía, por duros caminos y frondosas selvas, y puede decirse que es obra de santo Domingo de la Calzada —1019-1109—. De origen burgalés según unos, vasco o italiano según otros, ante la imposibilidad de ingresar en la Orden Benedictina, se retiró a un lugar de La Rioja conocido entonces como Bureba, y desde allí se dedicó a atender a los viajeros que se dirigían a Compostela. Edificó primero una ermita y un hospital dedicado a Nuestra Señora y desmontó espesuras y malezas; más tarde construyó un puente y una calzada de piedra en el lugar que llevaría su nombre. Por esta razón sería nombrado patrono de todos los cuerpos de Obras Públicas de España, de La Rioja y de todos los peregrinos.

Nada más cruzar el famoso puente de Piedra, el de los doce arcos y las tres torres, entraron en Logroño. Girando a la derecha por la rúa Vieja, los peregrinos encontraron la imperial iglesia de Santa María de Palacio —siglo XII—: imperial por atribuirse su construcción al emperador Constantino, y de Palacio por asentarse en el solar contiguo al desaparecido palacio de los Reyes de Navarra. No lejos quedaba Santa María la Redonda, pero siguiendo por la calle citada pronto alcanzaron Santiago el Real, en cuya fuente se refrescaron.

Los peregrinos, tras seguir por la calle de Berriocepo, salieron por la puerta del Camino Viejo y el grupo se disgregó con el propósito de reunirse en Nájera. Unos, los menos, se dirigieron a Clavijo con el deseo de ascender por la esforzada ladera en la que el apóstol Santiago, montado en blanco corcel, venció a la morisma un 23 de mayo del año 844: así nació la leyenda de Santiago *Matamoros* que también se extendería por América. La Procesión de las Doncellas del cercano Sorzano evoca aquella batalla: cada tercer domingo de mayo, las jóvenes vestidas de blanco y portando ramos de acebo se dirigen a la ermita de La Hermedaña. Nos recuerdan así el gravoso tributo de las Cien Doncellas que anualmente se debía entregar al rey moro.

El grueso de la comitiva se entretuvo por aquí y allá hasta que llegaron a Navarrete, repoblado en 1195 tras el fin de las disputas entre navarros y castellanos. En el siglo XIII se levantaría el castillo dominando el cerro y también las murallas y se adornaría con recias casas blasonadas. Pero para los peregrinos era mucho más atractivo su famoso hospital de San Juan de Acre, fundado hacia 1185. Su portada, de airoso estilo románico, es hoy la fachada del cementerio, a donde fue trasladada en el año 1875.



Talla barroca que representa a santo Domingo, en el templo de Santo Domingo de La Calzada

Nájera

Corte de reyes y capital histórica de La Rioja, ciudad predilecta de García Sánchez III quien la favoreció de manera notable, logró incrementar su importancia a los ojos de los peregrinos gracias a la cantidad y valía de las re-



liquias que llegó a atesorar: entre otras, la cabeza y parte del cuerpo de santa Eugenia, enviadas desde Roma por el Papa. Al monarca citado se debe también la creación de la primera orden de caballería conocida en España: la Orden de la Terraza. Tuvo su origen, como es bien conocido, en el poético suceso de *la paloma y el halcón*.

Y fue en ese lugar donde se levantó el monasterio de Santa María la Real —siglo XI—, panteón de la dinastía navarra a lo largo de los siglos X-XII y con la sillería de coro isabelina y el claustro gótico-renacentista como elementos más destacados, añadidos a lo largo de los siglos.

Nájera era el final de la cuarta etapa en la *Guía del Peregrino*, por lo que Laffi se dispuso a pasar la noche allí: *Llegada la tarde, nos dirigimos al alojamiento en el que nos encontramos muy a gusto. Al levantarnos por la mañana salimos a comprar pan y vino, pues sin ello no era conveniente salir de la ciudad*. Y es que a veces no resultaba fácil aprovisionarse en ruta y de ello hay abundantes testimonios. Y en muchos albergues, advierte Laffi y recrimina malhumorado Jean de Tournai, *no dan más que de dormir*. Canciones como la que sigue también aludían a esta incomodidad:

A vosotros que vais a Santiago
Yo os quisiera pedir
que no seáis perezosos
para preparar la comida.
Los hospederos son finos
y no sirven nada.
Quien sepa cocinar se servirá bien.

Salió la comitiva al amanecer desde el exterior de Santa María la Real y no les supuso esfuerzo atisbar Azofra, un humilde núcleo que desde el cerro se estiraba hasta la calzada. Cerca estaba también el monasterio de Cañas, la primera fundación riojana de la reforma cisterciense, con severa iglesia abacial del siglo XIII y hoy recoleto museo en la sala capitular donde destaca por su belleza el sepulcro de la inspiradora de aquel complejo: Doña Urraca López de Haro. El resto del mobiliario artístico aparece realzado después de la restauración del recinto.

A continuación, señala la *Guía del Peregrino*, hay que visitar el cuerpo de santo Domingo, confesor, que construyó el tramo de calzada en el cual reposa, entre la ciudad de Nájera y Redecilla del Camino. Siendo, pues, Santo Domingo de la Calzada lugar de obligada visita, hasta allí se dirigieron los peregrinos y en el trayecto alguien les contó las hazañas de este santo y cómo había levantado la ciudad que primero se llamó Burgo de Santo Domingo. Como escribiría el cronista años más tarde: *Con una hoz de segar espigas desmontó el Monte todo, en cuanto po-*

día impedir sus intentos, cayendo en tierra las encinas robustas, los robles crecidos, burladores de dilatados años, como si fueran secas espigas.

La pequeña iglesia románica había sido levantada sobre un solar donado por Alfonso VI en el año 1098, siendo consagrada poco después —1106—. Y el santo, sintiendo próxima su muerte, encargó un humilde sepulcro que dispuso al lado de la iglesia, una tumba al aire libre que hubo de proteger con una empalizada de ramas de encina, indica Muntion, para preservarla de los animales. En poco tiempo la calzada se había transformado en la calle Mayor, la calle del barrio viejo que conducía sin dilación hasta la tumba del santo.

Este fue el camino que siguieron los peregrinos y al traspasar las murallas y entrar en la calle Mayor, pasaron ante la casa del Corregidor, dejaron a su derecha la Casa del Santo, hoy espléndido albergue, y por fin llegaron a la catedral.

Había sido elevada a la categoría de colegiata en 1158 cuando hubo necesidad de ampliarla para atender adecuadamente a los nuevos pobladores y viajeros. Se siguió el modelo de santuario románico de peregrinación, de acuerdo con las trazas del maestro Garsión, y en el año 1322 se transformó en catedral, trasladándose allí el obispo de Nájera.

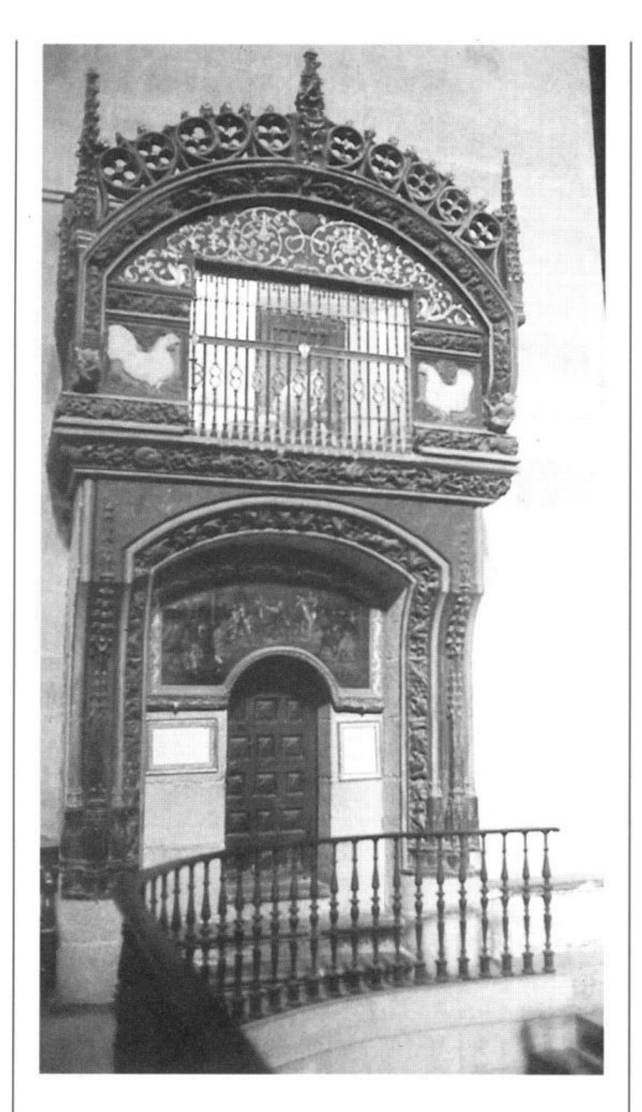
Para entonces había dado acogida al sepulcro de santo Domingo, que maravilló a los peregrinos por su extraordinaria estatua yacente del siglo XII. En los costados, esculpidos en alabastro, pudieron contemplar escenas de su vida y la representación de alguno de los milagros que le habían hecho tan popular. Y al levantar la vista, se encontraron con el celebérrimo gallinero de piedra labrada —siglo XV— con un gallo y una gallina vivos, recuerdo de su milagro más conocido.

Izquierda, iglesia de Santa María la Real de Nájera; abajo, santo Domingo, detalle de la ornamentación de la catedral de Santo Domingo de La Calzada

La leyenda más popular del Camino

Aunque la *Guía del Peregrino* sitúa el célebre milagro en Toulouse, un documento de 1350 procedente de la catedral lo vincula ya a la ciudad de Santo Domingo, hasta el punto que se ha convertido en su emblema y diversos testimonios nos indican que era conocido hasta en la Europa central. El episodio, resumido, es como sigue:





Cuenta la tradición que entre los muchos peregrinos compostelanos que hacían alto en esta ciudad para venerar las reliquias del santo, llegó aquí un matrimonio procedente de Sa Santis, arzobispado de Colonia, con su hijo de 18 años llamado Hugonell.

La doncella del mesón donde se hospedaron se enamoró del joven, pero ante la indiferencia del muchacho decidió vengarse. Metió una copa de plata en el equipaje del joven y cuando los peregrinos siguieron su camino, fue denunciado el robo ante el corregidor. Aquél fue hallado culpable y ahorcado.

Al volver sus padres de Compostela fueron a ver a su hijo ahorcado y cuando llegaron al lugar donde se encontraba, escucharon su voz que les anunciaba que santo Domingo le había conservado la vida. Fueron sin tardanza a la casa del corregidor y le contaron el prodigio. Este, incrédulo, les contestó que su hijo estaba tan vivo como el gallo y la gallina asados que él se disponia a comer. *En ese preciso momento, el gallo y la gallina se cubrieron de plumas y saltando del plato se pusieron a cantar.*

La entrada en Castilla

No les costó trabajo llegar a Redecilla, cuya trama les resultó familiar. Siguiendo la calle Real dejaron a un lado la iglesia parroquial y su espléndida pila románica y, como no tuvieron necesidad de acudir al hospitalero de San Lázaro, continuaron su ruta; poco después, zigzagueando, subieron hasta las eras para alcanzar Castildelgado. Era lo que los itinerarios llamaban un *lugar pequeño,* como la inmediata Viloria, hasta donde los peregrinos se acercaron para conocer dónde había nacido santo Domingo. Todavía hoy se conserva la pila en la que fue bautizado, como reza una de las súplicas que dirigen al santo el día de su fiesta, 12 de marzo: *Naciste en el siglo XI, en esta modesta casa, y aquí se te bautizó para nuestra esperanza.* Suaves lomas les acercaron hasta Villamayor del Río, primero, y Belorado, después.

Belorado había sido tierra fronteriza entre autrigones, vascos y berones en el pasado y núcleo de los litigios castellano-navarros en la Edad Media. Ubicada al fondo de una depresión, era una buena villa, la más importante de la jornada que transcurre entre Nájera y Burgos. Por eso contaba con castillo y murallas y hasta con nueve iglesias. Las casas blasonadas de salientes aleros, de sólida construcción y elegante traza, así como sus calles estrechas y cuidadas, testimonian su pasada grandeza, que debió admirar a los peregrinos; como la historia de su patrón, san Vítores, cuya cabeza sería cortada por el invasor musulmán y, con ella sangrando bajo el brazo, lucharía durante tres días con sus noches hasta lograr vencer a los enemigos de Dios.

Pasado el río Tirón y camino de los Montes de Oca, los peregrinos se veían acompañados de un paisaje sereno y atractivo donde no faltaban los edificios de tapial o mampostería, de muros lisos con pequeños huecos y corralizas de piedras superpuestas. Así lo comprobaron en Tosantos con el caserío diseminado por el valle del Retorto. Como todos los pueblos del Camino, tenía su hospital (con tan sólo dos camas en 1772), al sur del templo, junto a la carretera; era de un solo piso de entra-



Izquierda, hornacina-gallinero, que recuerda el famoso milagro del *gallo que cantó después de asado.* Representación popular de Santiago arremetiendo contra los moros en Clavijo, una batalla que nunca existió... (detalle de un cuadro de Casado del Alisal, siglo XIX)

mado y cabe pensar que no iría más allá de ser un modesto refugio.

En Villambista se refrescaron en la fuente y, para aliviar el descanso de la dura jornada, uno de los peregrinos, que se había añadido al grupo en Belorado, empezó a recitar un romance que decía así:

Por las sendas que conducen
al sepulcro del Patrón
un peregrino camina
con su concha y su bordón.

Viene de tierras lejanas
a cumplir una promesa
los pies descalzos sangrando,
descubierta la cabeza.

Por el tiempo que camina
lleva crecida la barba
las lluvias y los calores
ya le han tostado la cara.

Pide limosna en los pueblos
rezando con devoción
trae capa de paño pardo
y en la mano trae bordón.

Lleno de polvo el vestido
desgarrado por las zarzas,
inspira la compasión
a caritativas almas.

Por las sendas escondidas
sigue siempre su camino,
apartándose del mundo
el devoto peregrino.

Pasaron junto a la ermita de San Felices y no tardó en ofrecérseles en el horizonte Villafranca de Montes de Oca entre frondosas arboledas y espesas malezas de roble; allí habían decidido pasar la noche. Repoblación de francos, había nacido para la peregrinación y la

iglesia parroquial dedicada a Santiago lo reflejaba muy bien, como la bella imagen del santo: descalzo, ataviado a la manera de los romeros. Su visión les reconfortó y les hizo evocar el romance que tanto les había conmovido. Siguiendo por el camino y a mitad de la colina encontraron el hospital de San Antón o de la Reina, pues había sido fundado en 1380 a instancias de la reina Juana, mujer de Enrique II.

Después de superar la elegante entrada que daba acceso a un pequeño patio porticado, los servidores del centro les condujeron a la planta superior, a la enfermería, donde atendieron a los afectados por las ampollas, rozaduras y cansancio de los pies que la dura caminata les había ocasionado. Les lavaron los pies y, para que su recuperación fuera más rápida y eficaz, añadieron algunas hierbas al agua caliente; ésa era la costumbre y así lo recogían las ordenanzas de los hospitales, como las de San Juan de Oviedo, donde se dispone que en la huerta haya *rosas, arrayanes y salvias para lavar los pies a los peregrinos cansados.*

Bajaron después al comedor, iluminado por pequeñas ventanas que daban al Norte, para dar cuenta de una buena ración, según nos informa Küning, y más tarde se retiraron a los dormitorios, que no gozaban de igual renombre:

Villafranca Montes de Oca
Alta de camas y pobre de ropa.

Escasa debía ser la ropa para que el refranero se hiciera eco de esta deficiencia, pues el equipamiento que se ofrecía al peregrino en hospitales y albergues era muy sumario: las camas, cuando las había, solían ser de paja y no de pluma. Camas grandes y anchas pensadas para varias personas, no siempre conocidas, que aceptaban compartir el lecho con naturalidad. Pocos cobertores y casi ninguna ropa blanca. Por eso, el acomodado burgués flamenco Jean de Tournai se extraña en el siglo XV de la rareza de las hospederías españolas, de la ausencia de colchones de plumas y de no poder calentarse siempre por la noche: *No podíamos acercarnos al fuego por culpa de varios españoles que se hospedaban en el mismo hotel. Tuvimos que ir a cenar a lugar muy grande y frío... Temblamos durante toda la cena y después de cenar nos fuimos a acostar... y mi compañero, aquella noche, echó sus piernas encima de las mías para calentarlas.*

Peor le fue a Bonnecace en la severa meseta castellana: *No hemos encontrado donde alojarnos y estábamos mojados por la lluvia hasta la piel. Hubimos de acostarnos en una barraca llena de agua y fango, pagando tres sueldos cada uno para disponer de un cañizo para ponerlo sobre el fuego y dormir encima de él. Tiemblo, al escribir esto, acordándome del frío que pasé aquella noche.* Por eso, el humilde viajero escribe confortado después de haber pasado la noche en un granero: *Dormí en paja seca hasta las diez de la mañana.* De este mismo anhelo debían participar los miles de peregrinos que durante centurias se alojaron en este hospital. Baste señalar que, según Arriba Briones, tan sólo en 1594 atendió a 16.767 peregrinos, llegando a contabilizar en temporada alta hasta 200 diarios. En el siglo XVIII sufrió un pavoroso incendio que obligó a una profunda reconstrucción —de esa época es el comedor actual— y a principios del siglo XIX contaba, todavía, con 26 camas para transeúntes.

La buena obra de san Juan de Ortega

Buena parte del éxito de este hospital venía dado por la necesidad que tenían los peregrinos de reponer fuerzas antes de afrontar los temibles Montes de Oca, alimentados por una enorme espesura de roble y permanente guarida de ladrones. Por eso siempre fue popular el refrán que decía: *Si quieres robar; vete a los Montes de Oca.* Y fue el deseo de atenuar las dificultades que envolvían a los viajeros durante esta travesía lo que llevó a san Juan de Ortega —1080-1163— a instalarse en estos territorios.

Inicialmente conocido como Juan Velázquez, él fue el fundador de esta iglesia y hospital. A él se debe junto a santo Domingo, de quien era discípulo, la construcción de los más famosos puentes de La Rioja y fue él el encargado de poner a punto el camino que enlazaba con la capital castellana. Para ello levantó templos, construyó puentes —Agés, Belorado—, trazó calzadas y edificó y dirigió hospitales.

Tras un viaje a Jerusalén se estableció en los Montes de Oca, donde los pe-



**Grupo de apóstoles
del Pórtico de la Gloria,
en la catedral de Santiago**

regrinos eran asaltados y maltratados, y con la ayuda de dos sobrinos y la hacienda familiar creó un centro de acogida y fundó una comunidad de Canónigos Regulares. A su muerte, Alfonso VIII cedería este centro benéfico a la iglesia de Burgos, que puso a la Orden de San Jerónimo en 1432 al frente de esta institución. Con el paso de los siglos y estilos lograría agrupar dos templos, una casa rectoral, una hospedería, dos claustros y otras dependencias monacales hasta convertir a San Juan de Ortega en uno de los establecimientos más típicamente santiagueses.

Hacia allí se dirigieron los peregrinos, *subiendo aquella gran montaña, pasada la cual alcanzamos una gran llanada de prados, que se alargó por término de cuatro leguas, sin encontrar habitación. En esto nos topamos con unas setas de desmesurado tamaño, como no habíamos visto otras. Eran enormes, como quien se encuentra con sombreros de paja, y las fuimos cogiendo una por una. Acabado el viaje por estos prados hallamos el Monasterio, donde viven los Padres de San Juan y el cuerpo de este San Juan reposa en un sarcófago de mármol.* Y del mismo modo que Laffi, nuestra comitiva atisbó en primer lugar los bellos ábsides románicos del templo que se había iniciado en 1152 y que se amplió en el siglo XV para cerrarlo con la fachada actual.

Al doblar el cuerpo de la iglesia se dieron de bruces con la capilla de San Nicolás de Bari, donde reposaban los restos del santo, modesta construcción primero y grandiosa fábrica más tarde gracias al empeño de Isabel la Católica, que había acudido a postrarse ante el sepulcro de san Juan para implorar descendencia. Era en 1477, cuando al entrar descalza en el panteón, *sintió duelo de tan pobre estuche con tan brillante rubí,* en expresión de Martínez Burgos. Según la tradición, la reina exclamó: *¡Qué pobre está la capilla!* El provisor, que caminaba a su lado, no pudo menos que contestar: *Si quiere vuestra Alteza, yo le mandaré hacer otra.* Era justo lo que esperaba oír la reina, precisa Valdivieso, pues inmediatamente contestó: *Recibiré gran placer de ello.*

Así fue como desapareció la vieja capilla para dar paso al hermoso templo de estilo gótico florido que hoy podemos contemplar. Y san Juan concedió a la reina lo que deseaba, ya que al año siguiente nacía en Sevilla su primogénito, a quien puso por nombre Juan. Y es que el santo era un especial intercesor contra la esterilidad. Se dijo desde antiguo que, al pretender destapar su tumba con el deseo de trasladarla a la iglesia monacal, salieron de aquélla unas abejas blancas. Pronto se interpretó que simbolizaban las almas de los niños no nacidos que el santo tenía preparados para las madres estériles que se lo pidieran.

Allí se adentraron los peregrinos guiados por la fama de su traza y la belleza de sus esculturas; no tuvieron dificultad en identificar el combate de Roldán y Ferragut que les acompañaba desde Estella. Estaba en el crucero y muy cerca de él pronto localizaron el famoso de la Anunciación, protagonista de uno de los fenómenos más extraordinarios de todo el Camino. Todos los años, en ambos equinoccios —21 de marzo y 22 de septiembre— un rayo de sol poniente ilumina a las cinco de la tarde, hora solar, el citado capitel: es entonces cuando María se dirige hacia el rayo luminoso, hacia el Espíritu Santo, que aparece como gozosa luz fecundante, la luz que convierte en luminosa toda la Edad Media por la extraordinaria profundidad metafísica y la coherencia cosmológica que irradia.

A la salida dieron con el padre hospedero, quien les explicó con gusto cómo estaba organizado el monasterio y cuál era el cometido de cada uno de los monjes: así lo recogería el *Costumbrero de 1579.* Les habló del padre relojero: todo estaba reglamentado a toque de campana y entre sus obligaciones estaba la de *tocar a las siete y a las ocho de la noche en invierno cuando hay nieves y ventiscas,* para evitar que los caminantes se perdieran. Les indicó que para el oficio de ropero se elegía a un monje cuidadoso, aunque se daban hábitos nuevos a los monjes cada tres años. Pero el administrador de cocina estaba considerado el más importante de todos, consistiendo su misión en vigilar *cómo se distribuye* —la comida— *y si van las raciones no sólo bien compuestas sino cómo se hicieron.*

También tenían boticario y muy solicitada era su farmacia, que en la época del Catastro del marqués de Ensenada era la única de la comarca y servía a 14 pueblos. El boticario debía reponer a tiempo las medicinas, llevar en un libro el control exacto de entradas y salidas y saber cómo pagaba cada cliente; la mayoría lo hacía en grano. Se le permi-



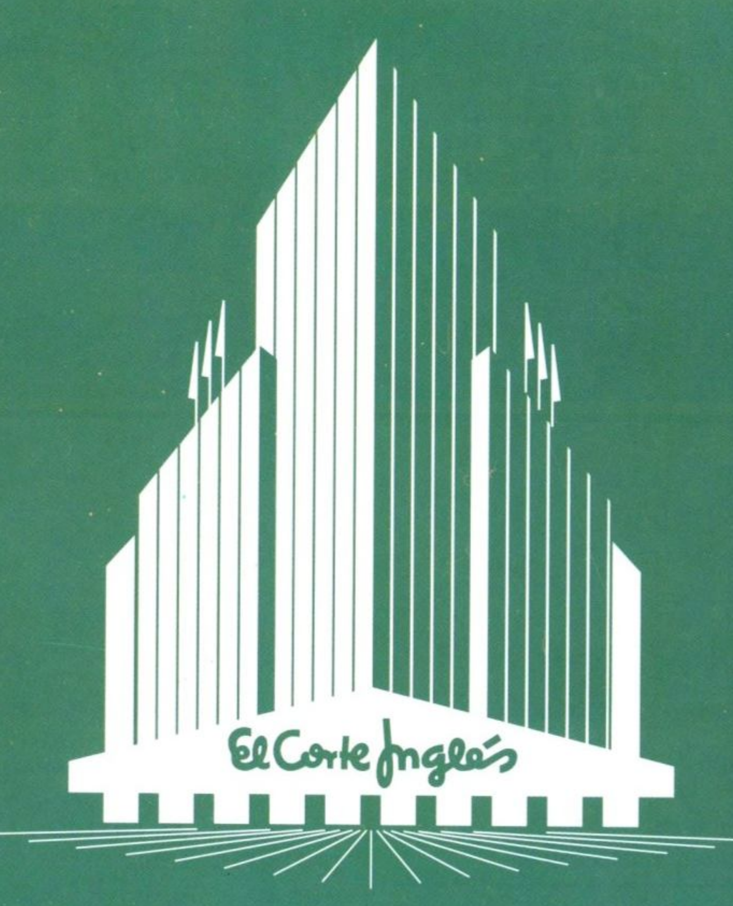
Peregrinos a Santiago de Compostela en el siglo XIV (recreación decimonónica, *La Ilustración Española y Americana*)

tía tener un ayudante a sueldo y le disculpaba de asistir al coro. Era misión suya hacer una ficha del enfermo al ingresar en el hospital para enterarse de su condición y patria por si fallecía.

Todo esto lo fueron oyendo mientras comían y tanto por las explicaciones recibidas como por la abundancia y calidad de las viandas que les habían acercado hasta la mesa, se mostraron muy satisfechos. Proverbial había de ser durante centurias la caridad ejercida con los peregrinos por estos monjes profesos, que en el siglo XVI sumaban la cifra de 16. Y tras la comida, el grupo de romeros se dirigió entre robles, malas hierbas, arbustos y matas hasta Agés primero y Atapuerca después, ya en tierra llana. Al amparo de la buena marcha, rememoraron la ingente tarea benefactora del santo y sus discípulos: siempre atendió a todos, dejándolos marchar *mejores de lo que vinieron.* (Miguel Cortés Arrese, en HISTORIA 16, núms. 202 y 203.)

Bibliografía

Andrés Ordax, S., *Iconografía jacobea en Castilla y León,* Valladolid, 1993. Bango Torviso, I., *El Camino de Santiago,* Madrid, 1992. Bonet, A., *Santiago de Compostela. La vía del peregrino,* Madrid, 1985. Bravo Lozano, M., *Guía del peregrino medieval («Codex Calixtinus»),* Sahagún, 1989. Gautier, J., *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media,* Madrid, 1979. Huidobro Serna, L., *Las peregrinaciones jacobeas,* 3 vols., Madrid, 1950-1951. Lacarra, M. C., y Falcón, M. I., y otros, *Sancho Ramírez, rey de Aragón, y su tiempo. 1064-1094,* Huesca, 1994. Lacarra, M. C., *Catedral y Museo Diocesano de Jaca,* Gante, 1993. Laffi, D., *Viaje a Poniente,* Santiago de Compostela, 1991. López Ferreiro, A., *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela,* 11 vols., Santiago, 1898-1911. Moralejo, A., Torres, C., y Feo, J., *Liber Sancti Jacobi. «Codex Calixtinus»,* Santiago, 1951. Passini, J., *Villes médiévales du chemin de Saint-Jacques-de Compostelle de Pampelune a Burgos,* París, 1984. Martín, J. L., *La ruta comercial del Camino de Santiago (Cuadernos Historia 16, n.º 186),* Madrid, 1985. Precedo, M. J., *Santiago el Mayor patrón de España. Vida y culto,* Santiago, 1985. Soria y Puig, A., *El Camino de Santiago,* I y II, Madrid, 1991-92. VV.AA., *El Camino de Santiago,* Universidad Internacional del Atlántico, Santiago de Compostela, 1988. Valle, J. C., y otros (comp.), *Santiago de Compostela. 1000 ans de pélerinage européen,* Bruselas, 1985. Vázquez de Parga, L., Lacarra, J. M. y Uría, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela,* 3 vols. Madrid, 1949.


El Corte Inglés